



ODA SÉTIMA

A DIÁGORAS DE RÓDAS,

PÚGIL.

AGRADA á padre anciano
Con espléndida mano
Tomar la copa, donde hierve opimo
El rocío sabroso
Que destiló dulcísimo racimo.
Lo gusta, y generoso
Al yerno juvenil luego lo pasa;
Y va de casa en casa

El bello cáliz de oro,
 Gloria de su tesoro
 Y del festin lujosa maravilla.
 El valioso presente
 Honra al novel pariente;
 La admiracion en sus amigos brilla,
 Y proclaman feliz á quien alcanza
 Nóvia tan bella y tan gloriosa alianza.

Mi mano, de igual suerte,
 De mis cantares vierte
 El dulce néctar; dón de las Camenas
 Y de mi ingenio fruto,
 Al que vence en atléticas arenas
 Enviándolo en tributo.
 Al varon que en Olimpia ó en Pitona
 Gana verde corona,
 Llena la lira mia
 De célica alegría.
 ¡Feliz el hombre á quien eterna fama
 Donan los trovadores!
 De mi cantar las flores
 Sobre este y sobre aquel mi voz derrama,
 Ya la cítara al himno acompañando,
 Ya de las cañas el acento blando.

Con ambos instrumentos
 Hoy bajo, los concetos
 A consagrar, de mis triunfales odas
 A Diágoras robusto
 Y á la que baña el mar, bélica Ródas;
 Ninfa que el Sol augusto
 Llama esposa feliz, é hija divina
 De la bella Ciprina.
 Al púgil giganteo
 Que á orillas del Alfeo
 Y de Castália, coronó su frente,
 Celebro entusiasmado
 Y á Demageto (amado
 De la Justicia) padre del valiente;
 Gloria de la Isla que á Asia muestra altiva
 Sus tres ciudades y su gente Argiva.

Sangre del noble Alcides
 Hierve en los adalides.
 De su linaje llegaré al Supremo
 Progenitor ilustre,
 Rastreando hasta el grande Tlepolemo
 De su familia el lustre.
 Del alto Jove la paterna rama
 Oriunda se proclama,

Y la otra se gloría
 De ser de Astidamía
 Y de Amintor insigne descendiente.
 Innúmeros errores
 Girando engañadores
 Del infeliz mortal ciegan la mente;
 Y el bien que ha de elegir, mísero ignora
 Lo mismo el día de hoy que en la última hora.

Como patente ejemplo
 De suerte tal, contemplo
 De esta colonia al fundador gallardo.
 La cólera no enfrena,
 Y de Alectrion al vástago bastardo,
 Que hermano fué de Alcmena,
 Con duro tronco de silvestre oliva
 Inhumano derriba.
 A tiempo que, en Tirinto,
 Salía del recinto
 Del alcázar suntuoso, do moraba
 La culpable Midea,
 A Licimnio golpea
 De Tlepolemo audaz la fuerte clava:
 (¡Así aun al sabio la pasión ofusca!)
 Y el joven delincuente á Apolo busca.

El Dios de áureo cabello,
 Del oráculo el sello
 Dulce rompiendo entre perfumes suaves,
 De Lerna á la remota
 Isla, llevar le manda de sus naves
 La numerosa flota.
 Bañó con nieve de oro aquel terreno,
 Del espantoso trueno
 El Númen soberano,
 Cuando partió Vulcano
 Su alta cabeza, con segur luciente.
 Por la profunda herida,
 De armadura vestida
 Salió Minerva de la augusta frente;
 Y el que lanzó al nacer, grito de guerra,
 Hizo temblar los cielos y la tierra.

El que ilumina al mundo,
 Vástago rubicundo
 Del excelso Hiperión, baja al momento;
 Y á sus queridos hijos
 Ordena celebrar tal nacimiento
 Con santos regocijos.
 Quiere que sus amados insulares
 Los primeros altares

Con mano generosa
 Erijan á la Diosa;
 Y ofreciendo solemnes sacrificios,
 A su padre sublime
 Y á la Vírgen que esgrime
 El terrible lanzon, tengan propicios.
 ¡De cuánto sirve al hombre la prudencia!
 Gozo le da, poder y preeminencia.

Mas suele repentina
 Venir ciega neblina
 De olvido, que espesísima sepulta
 La pobre mente humana,
 Y de la empresa más sencilla, oculta
 La senda recta y llana.
 A la santa montaña así obediente
 Sube la Ródia gente,
 Y sólo allá repara
 Que falta para el ara
 El necesario gérmen de la lumbre.
 Sin humo asciende el ruego,
 Y víctimas sin fuego
 Inmolan, del castillo en la alta cumbre.
 Nube rojiza Júpiter les trae,
 Y lluvia de oro sobre Ródas cae.

Luego en las artes todas
 Concede á los de Ródas
 La Diosa de ojo azul tal maestría,
 Que ninguno en el mundo
 Las bellas obras igualar podría
 De su cincel fecundo.
 Se vieron en sus calles esculturas
 Que vivas creaturas
 El extraño creyera.
 ¡Dichoso quien supera
 Con la destreza el dolo! Eterna gloria
 Así el hábil artista
 A su patria conquista.—
 Cuando Júpiter (narra antigua historia)
 Sus reinos á los Dioses señalaba,
 Ródas sobre la mar áun no flotaba.

Bajo las turbias ondas
 En las cavernas hondas
 Del piélagos, la isleta se escondía,
 Y nadie su existencia
 Indicó; ni del Sol, en aquel día
 La inevitable ausencia.
 Al Númen no alcanzó el repartimiento,
 Y al oír su lamento

Otro nuevo dispone
 Jove; mas él se opone
 Y "dáme (al Padre de los Dioses dice)
 La que en mi diurno giro,
 En lo profundo miro
 Del espumoso mar, tierra felice.
 Producirá mil héroes esforzados,
 Y nutrirá magníficos ganados."

La obtiene del Tonante;
 Y exige que levante
 La derecha fatal Laquésis (Parca
 De dorada diadema)
 Confirmando del célico Monarca
 La donacion suprema.
 Júpiter da su excelso asentimiento,
 Y el sacro juramento
 Por la Estígia laguna,
 A que Deidad ninguna
 Puede faltar, pronuncia; asegurando
 Que apénas al ambiente
 Salga la isla naciente,
 La regirá del Sol el cetro blando.
 No fué del Númen la asercion insana,
 Ni del Tonante la promesa vana.

De la salada linfa
 Surge la dulce Ninfa;
 Y de ella y del solar que la circunda
 Es rey y amante esposo
 El Padre de la luz que al Orbe inunda;
 Cuyo carro fogoso
 Conducen potros cuyo aliento es llama.
 La tierna Ródas lo ama,
 Y de su casto enlace
 Sábía progenie nace,
 De aquella edad prodigio verdadero
 Que la virtud acendra.
 Del Sol un hijo, engendra
 A Yaliso, y á Lindo, y á Camero,
 Que la ínsula en tres partes se dividen,
 Y hacen que con sus nombres se apelliden.

En isla tan augusta,
 Cual recompensa justa
 De sus trabajos é infortunio extremo,
 De fúnebres honores,
 Al Rey de los Tirintios, Tlepolemo,
 Colman sus moradores.
 En sus altares, como á excelso Númen,
 Víctimas se consumen;

Y su gloriosa tumba
 Con el eco retumba
 De juegos, en que gana ya dos veces
 Diágoras la corona.
 El heraldo pregona
 ¡Istmo gentil! las cuatro que le ofreces.
 Una tras otra le ciñó Nemea;
 Una tras otra Atenas la petrea.

Engalanarlo pudo
 En Argos el escudo
 (Premio al valor) de bronce refulgente;
 En las heróicas pruebas
 De Arcadia, el cáliz de metal luciente
 Ganó, y en las de Tébas;
 Beocia en sus certámenes legales
 Le canta himnos triunfales;
 En Egina y Pelene
 Seis victorias obtiene;
 Y lápida de mármol en Megara
 Su nombre inmortaliza
 Sin igual en la liza.
 ¡Oh Padre Jove, cuyo cetrò ampara
 Del Atabírio excelso el monte santo!
 El homenaje acepta de mi canto.

Cubre, Señor, de gloria,
 Al que la gran victoria
 En Olimpia ganó, púgil valiente.
 Estima y reverencia
 Entre la propia y extranjera gente
 Le dé tu omnipotencia;
 Que el rumbo sigue á la arrogancia opuesto,
 Enérgico y modesto;
 Y los ejemplos raros
 De sus mayores claros
 Siempre su norma son. ¡Musa! No olvides
 Que del buen Calianate,
 Célebre en el combate,
 Es nieto, y de los nobles Eratídes.
 Ródas está de fiesta. Su contento
 No venga á perturbar mudable viento.





ODA OCTAVA

A ALCIMEDONTE DE EGINA,

JÓVEN LUCHADOR.

¡OH madre de las lides
Fecundas en coronas refulgentes,
Reina de la verdad, sagrada Olimpia!
En tu seno el fatídico profeta
En las ardientes víctimas explora
La voluntad de Júpiter, que el rayo
Rápido vibra; y sin errar conoce
Cuando los votos del atleta escucha
Que á la victoria y al reposo, premio
Debido á los certámenes, aspira.
A la piedad concede
Y á las preces del santo sacerdote
Su respuesta el oráculo. ¡Oh de Pisa

Frondosísimo bosque, cuyas ramas
 Prestan su sombra al cristalino Alféo!
 Recibe este cantar, y las coronas
 Triunfales que te ofrezco. Alto renombre
 Adquiere siempre el vencedor ilustre
 A quien tú recompensas; pero vários
 Los galardones son, y por caminos
 Diversos, á la gloria nos conducen
 Los Dioses inmortales.

¡Timóstenes! El Hado
 A tu hermano y á tí, bajo las alas
 De Jove colocó; vuestro patrono
 Desde la cuna. Tú, renombre eterno
 En Nemea ganaste: á Alcimedonte
 Hoy alegra la Olímpica victoria
 De Crono en la colina. ¡Cuán gallarda
 Era del jóven la marcial figura!
 Y sus heróicos hechos
 De su aspecto gentil no desdecían.
 En la lucha venciendo, de su patria,
 La bella Egina (cuya armada empujan
 Remos inmensos) el ilustre nombre
 Elevó hasta los cielos. Allí Témis,
 Salvadora Deidad, nunca abandona

A Jove, defensor del extranjero;
 Y reina más gloriosa
 Que en ningun otro pueblo de la tierra.

En extremo difícil
 Es decidir con imparcial dictámen,
 Cuando á uno y otro lado
 Variado peso la balanza inclina.
 Pero la providencia
 De los Númenes, quiso que, igualmente
 Que Olimpia, esta region que ciñe el ponto
 Seguro asilo y divinal columna
 Fuese á los numerosos peregrinos
 Que acuden en tropel de todas partes
 A su bello recinto. (¡Quiera el tiempo
 Nunca variar su genio hospitalario!)
 Desde Éaco, la Dórica familia
 La gobernó. De la gentil Latona
 El vástago, y Neptuno poderoso
 Al semidios llamaron
 Como auxiliar en la divina empresa
 De circundar á Ilion con fuerte muro.
 Los Hados decretaban
 Que al encenderse las voraces guerras,
 De ciudades verdugos, de humo espeso

En nube aterradora, se verían
Envueltos los Troyanos balüartes.

No bien la nueva torre
Terminan los artífices divinos,
Cuando hórridas la asaltan tres serpientes
De azulado color. Dos al instante
Caen; y retorciéndose, el aliento
Último exhalan. La tercera al muro
Se abalanza, y con silbos horrorosos
Penetra en el recinto. Apolo estudia
El adverso prodigio, y así dice:
"Eaco, semidios: de la muralla
La parte que tus manos han labrado
Caerá derribada, y por la brecha
En Pérgamo entrarán los enemigos.
(Así me lo revela este portento
Que el Tonante ha mandado.) Su caída
Se deberá á tus hijos; pero sólo
En la primera y cuarta
Generacion vendrán."

Tales sentencias

Profiere el rúbio Númen infalible,
Y de las Amazonas

(Bellas cabalgadoras) por el Xanto
Avanza á la region, y á las comarcas
Que riega el Istro. Su veloz cuadriga
Dirige en tanto al Istmo,
Que el Océano baña, del Tridente
El excelso Monarca; y con sus yeguas,
De oro adornadas, otra vez á Egina
Al buen Éaco lleva, y de Corinto
A la eminencia, el célebre banquete
A presenciar, y las famosas fiestas.

Nada hay entre los hombres
Que á todos á la par deje contentos.
Si para el viejo preceptor Milésias
Los honores reclamo por el triunfo
De sus nobles discípulos imberbes,
En mis cantares, guárdese la Envidia
De arrojar á mi faz agudas piedras.
Que en juvenil edad, igual victoria
En Nemea ganó, y en el *pancracio*
Mucho tiempo despues á varoniles
Atletas ha vencido, yo aseguro.

Maestro acostumbrado á la victoria,
Mejor enseña que varon imbele

Que jamás combatió. Loco es el hombre
 Que la ignorada senda
 A otro intenta mostrar; y por los aires
 Vaga la mente de inexperto guía.
 ¿Quién mejor que él la disciplina ruda
 Enseñarnos podrá, que forma al héroe
 Ansioso de ganar en los combates
 El codiciado premio? Alcimedonte
 Su trigésimo alumno
 Es ya, que ha conseguido la victoria.
 Con el favor divino
 Y su propio vigor, postró en el suelo
 A cuatro niños, que á la patria mudos
 Y sin honor, por sendas extraviadas
 Á tornar obligó, miéntras alegre
 De su triunfo gozaba. Nueva vida
 En su abuelo infundió, que de los años
 Resista al peso abrumador: la gloria
 Hace olvidar hasta la tumba fría.

Tierno recuerdo consagrar es justo
 Á los bravos Blepsíades, mi canto
 Tambien á sus hazañas dirigiendo.
 Ya la sexta corona es la presente
 Que sus invictas manos, de los juegos

Á las frondosas ramas, arrancaron.
 Tambien á los difuntos
 Atañe una porcion de los honores
 Que el rito á los vivientes asegura;
 Ni les oculta el polvo
 La gloria de su noble descendencia.
 ¡Oh Fama, de Mercurio
 Hija querida! Á los Elíseos campos
 Rápida vuela, y á Ifion anuncia
 La fausta nueva; los solemnes triunfos
 Él refiera á Calímaco, que Jove
 En la Olímpica arena
 Á su ilustre familia ha concedido.
 ¡Que bienes sobre bienes acumule
 Sobre ella su bondad, y las agudas
 Enfermedades, del umbral aparte
 De Alcimedonte y de su hermano tierno!
 Jamás su providencia
 Á Némesis permita vengadora
 La dicha perturbar que los circunda.
 Una vida feliz, libre de males
 Les conceda hasta el fin, y altos honores
 Vierta sobre ellos y su dulce patria.



ODA NONA

A EFARMOSTO DE OPUNTE,

LUCHADOR.

BASTANTE ha resonado
De Arquíloco la triple melodía,
Cuando al Crónio collado
Á Efarmosto la pompa conducía,
Repitiendo constante
Siempre la misma aclamacion triunfante.

Mil flechas, de la aljaba
Saca de tus hermanas, y su punta
Primero en Jove clava;
Al promontorio de Élis luego apunta,
(Dote de Hipodamía
Que Pélope ganara) ¡oh Musa mia!

Á Pitona certero
 Otro dardo raudísimo dispara.
 Con cántico rastrero
 No has de alabar á Opunte la preclara,
 Hoy que á mi dulce lira
 Del hijo y de la madre el nombre inspira.

¡Témis! En ella imperas
 Con Eunomia, tu prole salvadora.
 Con flores las riberas
 Del Alfeo, y Castalia bullidora
 Ciñen la sien corteses
 De la madre feraz de los Locreses.

De la ciudad querida
 Anunciarán doquiera mis cantares
 La fama esclarecida.
 Más que velera nave por los mares,
 Más que corcel de guerra
 Volarán presurosos por la tierra,

Si con divino acierto
 Las seductoras Gracias me conceden
 Labrar su dulce huerto.
 En delicias bañar, sólo ellas pueden;
 Y valor y prudencia
 De los Númenes da la omnipotencia.

¿Sin ellos, cómo pudo
 Hércules, del Tridente, con la clava
 Vencer el golpe rudo
 Cuando Neptuno en Pílos lo asaltaba?
 ¿Ni cómo pudo él solo
 Al arco de oro resistir de Apolo?

¿Ni cómo, de otra suerte
 La vara de Pluton dejó su presa
 Arrancar á la muerte?
 El tema es peligroso; ¡oh lengua! cesa,
 Que ni se jacta el sábio,
 Ni hace á los Dioses, murmurando, agravio.

¿Por qué, Musa, no callas?
 No mezcles á los Númenes supremos
 En guerras y batallas.
 De Protogenia la ciudad cantémos,
 Habitación primera
 Que á Pirra y Deucalion Júpiter diera.

Bajaron del Parnaso,
 Y de las piedras, sin nupciales ritos,
 (¡Oh peregrino caso!)
 Brotar hicieron pueblos infinitos.
 Duro su nombre suena,
 Segun su origen, en la lengua Helena.

Á la raza sagrada
 Abre ¡oh Musa! poético camino.
 Al paladar agrada
 El cáliz en que hierve añejo vino;
 Pero líricas flores
 Miétras más nuevas son, suenan mejores.

Esta tierra fecunda
 (Segun narra la historia) de repente
 Diluvio atroz inunda;
 Mas el arte de Jove omnipotente
 Al instante produjo
 En las aguas benéfico reflujo.

Famosos desde entonces
 Fueron vuestros abuelos, distinguidos
 Por su escudo de bronce;
 Reyes siempre en su patria, descendidos
 De Japeto, y la dama
 Que á la progenie de Saturno inflama.

En la Menália altura,
 De Opunte-Deucalion á la hija hermosa
 Amor celeste jura
 El alto Rey de Olimpo; que á la fosa
 No deja su clemencia
 Al buen Locro bajar sin descendencia.

De su consorte el hijo,
 (Divino gérmen) al marido anciano
 Llena de regocijo;
 Y de su abuelo el nombre soberano
 Lega al jóven glorioso,
 En valor y belleza prodigioso.

Le cede la corona
 De su ciudad y pueblo; y tales nuevas
 La fama de él pregona,
 Que naturales de Árgos y de Tébas,
 Y Árcades, y Pisanos
 Vienen á ser regidos por sus manos.

Con singular aprecio
 Honra entre tanta gente peregrina
 El monarca, á Menecio
 (Hijo de Actor y de la bella Egina)
 Cuyo vástago al llano
 Vino, con los Atridas, de Teutrano.

Él sólo, con Aquiles,
 Cuando Telefo derrotó del Griego
 Á las turbas hostiles,
 Sostuvo heróico el enemigo fuego,
 En tanto que á las popas
 De las naos, fugábanse las tropas.

Desde entónces el mundo
 Admira de Patroclo la bravura,
 Y el hijo rubicundo
 De la alma Tétis, á su amigo jura
 No salir á batalla
 Si su lanza inmortal con él no se halla.

¿Cuándo será que al cielo
 Remontarme atrevido yo consiga,
 Y con osado vuelo
 De las Musas girar en la cuadriga?
 ¡Oh! ¡Quién diera á mi canto
 Nuevos arranques hoy y nuevo encanto!

De la amistad la diestra
 Los ricos lauros á ensalzar me guía,
 Que la Ístmica palestra
 Viera resplandecer en solo un día,
 De Lamprómaco ardiente
 Y del varón que canto, en la alma frente.

Á Efarmosto, Corinto
 En sus puertas donó doble presea;
 Y, en su feraz recinto,
 Otras el valle umbroso de Nemea:
 En Argos sus laureles
 A adultos quita; en Ática á donceles.

¡Ved cómo lo arrebatara
 En Maratona prematuro arrojó;
 Y las copas de plata,
 Burlando agudo del maestro el ojo,
 Disputa triunfante
 A robusto varon el tierno infante!

Ningun Atleta gira
 Como él, sin tropezar, sobre la arena:
 La multitud lo mira,
 Y aplauso universal súbito suena.
 ¿A quién la faz no encanta
 De tan bello garzon, y hazaña tanta?

Como lucero brilla
 En las fiestas de Júpiter Licéo
 De la Parrásia villa;
 Y de Pelene lleva por trofeo,
 Contra la nieve cana,
 La rica estola de caliente lana.

Testigo de sus glorias
 Se eleva de Yoláo el monumento;
 Y narra sus victorias
 Eléusis, que del mar refresca el viento.
 Prenda que da Natura
 Con resplandores sin igual fulgura.

De la fama á la cumbre
De mortales en vano se encamina
Inmensa muchedumbre,
Con sólo la adquirida disciplina.
Lo que no manda el cielo
Oculta pronto del silencio el velo.

Quién presuroso vuela,
Y quién se arrastra con tardía planta;
Lo que un mortal anhela
A otro tal vez aterrador espanta.
Difícil es la vía
Que á la eminencia y los honores guía.

Con la última proeza,
¡Musa! las glorias del varon proclama.
Fuerza, valor, destreza,
El cielo bienhechor sobre él derrama.
¡Espléndido trofeo
Lleva al altar del vástago de Oiléo!



ODA DÉCIMA

A AGESIDAMO DE LÓCRIS,

PÚGIL.

Dó está, decidme, el vástago de Arquéstrato,
El vencedor Olímpico valiente?
¿En qué rincon de mi cansada mente
Su nombre se ocultó?
Eché al olvido que le debo un cántico.
¡Verdad, hija de Jove, y tú oh mi Musa!
Hallad, os ruego, á mi pecado excusa,
Que yo no miento, no.